



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

**MAQUIAVELO: COMENTARIOS SOBRE ESPARTA Y LA
REPÚBLICA ROMANA**

TESINA
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
LICENCIADO EN CIENCIA POLÍTICA Y ADMINISTRACIÓN PÚBLICA
(Opción Ciencia Política)

PRESENTA

Jorge Alberto Lamoyi Bocanegra

Director: Dr. Fernando Pérez Correa Fernández del Castillo



Ciudad Universitaria

2014



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Para Sebastián Lamoyi Ulín (1930-2013).

Para Lácides García Detjen, generoso y
único en el sentimiento de unidad vital de la amistad.

Contenido

Introducción.....	4
1. La admiración de Maquiavelo por Licurgo.....	13
2. Elementos del sistema político espartano abordados por Maquiavelo	18
3. El papel de los hombres notables: reconocimiento de Maquiavelo a los sabios espartanos	24
4. Fundamentación maquiaveliana de las causas del imperio fallido de los espartanos.....	28
5. Esparta como sistema político cerrado.....	33
6. Apreciaciones de Maquiavelo sobre la superioridad de la educación espartana sobre la romana.....	46
7. Virtudes y límites de Esparta	49
8. Fortuna y virtud en el sostenimiento y caída de Esparta .	52
Conclusiones sobre los espartanos en Maquiavelo, en comparación con la República Romana.....	58
Fuentes.....	62

Introducción

Ya Gustave Flaubert, en su sátira *Diccionario de lugares comunes*, nos recomienda a propósito de *Maquiavelo*: “Sin haberlo leído, considerarlo como un criminal”. En cuanto a la entrada *Maquiavelismo*, menciona: “Palabra que sólo debe pronunciarse temblando”.¹ Desde los populares manuales de autoayuda hasta las obras más eruditas han tenido como objeto al autor de *El príncipe*. Prácticamente no existe ninguna historia de la política o historia de la filosofía política, que no lo contemple. Además de que se creó una palabra referente a él, maquiavélico, también se le atribuye haber acuñado, en su sentido moderno, la palabra *estado*:

En el lenguaje antiguo no existe una palabra para designar al estado, en nuestro sentido. En la Roma antigua la palabra latina *status* de donde se deriva la nuestra *estado*, sólo significa estado; en el sentido de *condición*. La palabra moderna inicia su carrera en el Renacimiento, cuando encontramos la expresión *stato di Firenze*, o *bien stato di Milano*, palabras en las que el significado de la condición de un gobierno se convierte y se funde con el significado de la constitución, el orden de un gobierno. Maquiavelo fue quien introdujo la palabra en la teoría política. Por estas

¹ Cfr. Gustave Flaubert, *Diccionario de lugares comunes*, Buenos Aires, ed. Leviatán, 1991, p. 88.

palabras se ve que *estado* significa todavía lo mismo que gobierno.²

Aún los manuales de filosofía soviéticos hablan de Maquiavelo, así sea para describirlo –con humor involuntario, a diferencia del de Flaubert– como: “Uno de los primeros ideólogos políticos burgueses”.³

Junto a las simplificaciones en torno a Maquiavelo, apareció también un gran ejército de detractores, algunos de ellos más maquiavélicos que el propio Maquiavelo. Carl Schmitt ligó la mala fortuna del nombre del florentino a las guerras de religión y posteriormente, a las guerras entre naciones. Para él, la mala fama del autor de *El príncipe* es un elemento más de la leyenda negra producida y difundida por los anglosajones en contra de los católicos y los alemanes.

Maquiavelo (...) se volvió todo él un mito, con su nombre y sus escritos políticos. A lo largo de todos los últimos cuatro siglos, siguió siendo un nombre combatido enconadamente y (...) una gran figura particularmente eficaz y políticamente viva. Este mito de Maquiavelo empezó, hacia finales del siglo XVI, con el empuje más grande bajo la impresión de un monstruoso acontecimiento —la Noche de san Bartolomé de 1572. Continuó creciendo durante la lucha, trascendental para la historia mundial, que

² Erich Kahler, *Historia universal del hombre*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, pp. 337-338.

³ M. T. Iovchuk, T. I. Oizerman, I. Ia. Shchipanov, *Compendio de historia de la filosofía*, La Habana, Ed. Pueblo y Educación, 1987, p. 142.

condujo al protestantismo anglosajón contra el catolicismo romano. En este marco, algunas frases secas y escuetas del pobre humanista florentino sirvieron para difundir por el mundo al espantajo moral del *maquiavelismo*. Por todo un siglo fue un eficaz instrumento polémico del norte evangélico contra todas las potencias católicas, especialmente contra España y Francia. Las experiencias de las guerras mundiales contra Alemania (...) han demostrado que su fuerza de impacto propagandística es útil también contra otras potencias y continúa siendo considerable. La propaganda mundial de los anglosajones y el presidente americano Wilson lograron escenificar una moderna *cruzada para la democracia*, en la cual dirigieron contra Alemania aquellas energías morales que se dejan movilizar en nombre de la lucha contra el *maquiavelismo*. Los filósofos alemanes Fichte y Hegel habían restaurado, en efecto, el honor del italiano. Sobre todo el ensayo de Fichte del año 1807 sobre Maquiavelo, donde lo elogia como *escritor auténticamente vivo y noble pagano*, forma parte de la gran obra de justicia histórica y de objetividad que (...) es una de las aportaciones del espíritu alemán, legitimadora de su imperio. Con los acontecimientos históricos paralelos de la unificación nacional de Italia y Alemania se difundió en el curso sucesivo del siglo XIX la comprensión general para el verdadero Maquiavelo. Pero sólo el fascismo italiano lo ha celebrado en todas las formas como antimito de la objetividad heroica, como el

autor espiritual de una época política, como el triunfador sobre la mentira moralista y sobre la hipocresía política.⁴

Bueno, si es el fascismo el que rescata a Maquiavelo, no cabe duda que hay honores que deshonran. Por fortuna, un italiano que no se llamaba Benito Mussolini hizo un esfuerzo serio por redimensionar a Maquiavelo, estudiar su obra antes de juzgarla, comprenderla antes que condenarla. Se trata del sereno Norberto Bobbio, quien ya en 1938, en una reseña, anotaba:

El Leviatán, como por otro lado *El príncipe* de Maquiavelo, no es solamente la etiqueta de una conocida teoría política, sino es también, considerado por sí mismo, un nombre de batalla, y en consecuencia ha sido objeto, en el curso de su fortuna, más de entusiasmos o de rencores, que de indagación crítica. Como ha ocurrido en estos últimos años para Maquiavelo, así también para Hobbes una crítica histórica ecuánime y sin prejuicios tiende ahora, ya lejana de los odios y de los amores, a restablecer naturalmente su valor histórico esencial en función de la historia presente.⁵

Gran cantidad de los más grandes ensayistas del siglo XX dedicaron a Maquiavelo algunas de sus mejores páginas. Del lado de los liberales

⁴ Carl Schmitt, *El Leviatán en la doctrina del Estado de Thomas Hobbes*, México, Uam-Fontamara, 2008, pp. 168-169.

⁵ Norberto Bobbio, "Carl Schmitt: der Leviathan des Thomas Hobbes, Hansseatische Verlagsanstalt, Hamburg", Carl Schmitt, *El Leviatán en la doctrina del Estado de Thomas Hobbes*, México, Uam-Fontamara, 2008, p. 36.

destacan los magníficos textos de Raymond Aron⁶ e Isaiah Berlin.⁷ Marxistas de la categoría de Antonio Gramsci⁸ y Louis Althusser,⁹ hicieron lo propio. Todos estos ensayistas ensalzaron al florentino y exaltaron los aspectos que ideológicamente les parecían más cercanos.

Los autores posmodernos han hecho su propia lectura de Maquiavelo. Clément Rosset lo colocó entre los “artificialistas”, es decir, los filósofos protonietzscheanos, cercanos a Jacques Derrida y Michel Foucault, quienes, de alguna manera, ya “sabían que *la* verdad última no existe” (quienes creen en ella promulgan una filosofía naturalista y metafísica y por tanto equivocada), sino que lo único que existe, son las apariencias.¹⁰ En el mismo tono Jean Baudrillard escribió:

De alguna manera, desde Maquiavelo los políticos quizá lo han sabido siempre: es el dominio de un espacio simulado lo que está en el origen del poder, lo político no es una función o un espacio real, sino un modelo de simulación, cuyos actos manifiestos sólo son el efecto proporcionado. Este punto ciego del palacio, ese lugar sustraído de la arquitectura y de la vida pública, que de una cierta manera rige al conjunto, no según una determinación

⁶ Cfr. Raymond Aron, *Estudios políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

⁷ Cfr. Isaiah Berlin, *Contra la corriente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

⁸ Cfr. Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1984.

⁹ Cfr. Louis Althusser, *Maquiavelo y nosotros*, Madrid, ed. Akal, 2004.

¹⁰ Cfr. Clément Rosset, *La anti-naturaleza. Elementos para una filosofía trágica*, Madrid, ed. Taurus, 1974, pp. 191 y sigs.

directa, sino por una suerte de reversión interna, de revolución de la regla efectuada en secreto como en los rituales primitivos, de agujero en la realidad, de transfiguración irónica —simulacro exacto escondido en el corazón de la realidad, y del cual ésta depende en toda su operación: es el secreto mismo de la apariencia.

Así el Papa, o el Gran Inquisidor, o los grandes Jesuitas o teólogos sabían que Dios no existía —ahí residía su secreto y su fuerza.¹¹

Esta idea de Maquiavelo como enemigo de los buscadores de la verdad de la filosofía occidental, ya la había esbozado Arthur Schopenhauer, quien escribió:

Maquiavelo prescribe al príncipe que aproveche en cada momento la debilidad de su vecino para atacarlo: de lo contrario, éste puede, en cualquier ocasión, sacar partido de la debilidad del príncipe. Si existiera lealtad y buena fe, las cosas serían distintas. Pero como no se puede esperar esto de los demás, no debe uno practicarlas, pues no sería recompensado. Lo mismo sucede en las controversias. Si doy al adversario la razón en el momento en que éste parezca tenerla, no es probable que él haga lo mismo en el caso contrario. Más bien acudirá a medios ilícitos. Por tanto, yo debo hacerlo también. Es fácil decir que tan sólo se debe buscar la verdad, sin prejuicios en favor de la propia tesis. Pero no se puede suponer que el adversario lo hará. Y así tampoco debemos

¹¹ Jean Baudrillard, *De la seducción*, México, ed. Planeta Agostini, trad. Elena Benarroch, 1993, p. 66.

hacerlo nosotros. Además, si, en cuanto me parece que el adversario tiene razón, desisto de mi tesis que al principio consideré verdadera, es fácil que, llevado de una impresión del momento, yo renuncie a la verdad para adoptar un error.¹²

Además de los ensayistas, los ideólogos, y los simplificadores, también están los eruditos, como Federico Chabod,¹³ Leo Strauss,¹⁴ Quentin Skinner,¹⁵ entre otros.

En la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, también se han publicado gran cantidad de trabajos eruditos y de opinión sobre Maquiavelo. Como el ensayo de Lourdes Quintanilla Obregón, “Reflexiones en torno a la tiranía (Maquiavelo, Erasmo, Lutero, Bodin y

¹² Arthur Schopenhauer, *El arte de tener razón. Expuesto en 38 estratagemas*, trad. Dionisio Garzón, Madrid, Edaf, 1996, p. 74.

¹³ Cfr. Federico Chabod, *Escritos sobre Maquiavelo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

¹⁴ Leo Strauss, *Meditación sobre Maquiavelo*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1964.

Acerca de Maquiavelo, Leo Strauss escribió: “Maquiavelo es el único pensador político cuyo nombre ha entrado en el uso común para designar un tipo de política que existe y que seguirá existiendo cualquiera que sea su influencia, una política guiada exclusivamente por consideraciones de conveniencia, que emplea todos los medios, justos o injustos, el acero o el veneno, para alcanzar sus fines —siendo su fin el engrandecimiento de la propia patria—, pero también poniendo la patria al servicio del engrandecimiento del político o el estadista, o del propio partido”. Leo Strauss, “Nicolás Maquiavelo (1469-1527)”, *Historia de la filosofía política*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 286-287.

¹⁵ Quentin Skinner, *Maquiavelo*, Madrid, ed. Alianza, 1984.

la Boetie)”, publicado en 1982 por la *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales* o bien, de José Luis Orozco Alcántar, el artículo “Nuevo y viejo Maquiavelo”, de la revista *Diálogos*, en el año 1979 y el libro de Héctor Zamitiz, *Los principios de la política en el pensamiento de Nicolás Maquiavelo*. Claro está, también existen grandes obras en las que aparece una y otra vez Maquiavelo, aunque no sea el tema central del texto.

¿Por qué decir algo más de Maquiavelo? Porque creo que puedo hacer una aportación, modesta, pero aportación al fin y al cabo. Quiero estudiar específicamente el papel que el autor florentino dio a Esparta, en sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio, El príncipe y El arte de la guerra*. Chabod, Skinner y Strauss, por ejemplo, apenas mencionan a Esparta en relación a Maquiavelo. Lo usual es estudiar a Florencia, porque de eso se tratan justamente sus principales obras. También es común que se estudie la república romana, que le sirve a Maquiavelo de modelo a seguir para mejorar la condición de su corrupta Florencia. Pero el papel que da Esparta es en sí mismo un tema relevante.¹⁶

¹⁶ No encontré ni una referencia al respecto en: *Discurso sobre Pisa, Disposiciones para la reconquista de Pisa, De los asuntos de Pistoya, De la manera de tratar a los pueblos sublevados del valle del Chiana, La traición del duque Valentino a Vitellozzo Vitelli, Oliverotto de Fermo y otros, Discurso sobre la paz entre el emperador y el rey, Del carácter de los franceses, Retrato de los asuntos de Francia, Informe sobre los asuntos de Alemania, Discurso sobre los asuntos de Alemania y sobre el Emperador, Retrato de los asuntos de Alemania, Algunas palabras que decir acerca de la disposición del dinero, Cuál es el motivo de las Ordenanzas, Ordenanzas de la milicia florentina, Fantasía sobre Jacobo Savello, Sobre la distribución de la*

Por ello, el objeto de este trabajo es demostrar que Esparta, así sea como contra-ejemplo de Roma y/o Florencia, siempre está presente en los principales argumentos de Maquiavelo. Es decir, en este ensayo intento revalorar un aspecto poco tratado, aún por lo grandes autores, del florentino.

La obra de Maquiavelo es oceánica, pero las menciones de los espartanos no lo son; sin embargo, por los lugares estratégicos y las argumentaciones para las cuales los usó, los lacedemonios son relevantes. Asimismo, dentro de sus menciones historiográficas clásicas siempre aparecen como una de las claves para comprender la grandeza de Roma y a la que aspiraba su amada Florencia.

caballería de Ordenanza florentina, Fantasías sobre las Ordenanzas, Alocución dirigida a una magistratura, Sumario de los asuntos de la ciudad de Luca, El Estado y la constitución de Florencia, Tomad buena nota de este escrito. A los Palleschi, Discurso sobre los asuntos de Florencia después de la muerte de Lorenzo de Médicis el Joven, Minuta de disposiciones para la reforma del Estado de Florencia, Informe sobre una visita efectuada para fortificar Florencia, Disposiciones para la institución de la Magistratura de los cinco curadores de las murallas de la ciudad de Florencia.

1. La admiración de Maquiavelo por Licurgo

Entre 1513¹⁷ y 1520,¹⁸ Licurgo fue una referencia para Maquiavelo. Lo coloca en el segundo lugar en su clasificación de hombres dignos de elogio y alabanzas. En el primero están quienes fundaron religiones. En el segundo, aparecen los fundadores de repúblicas y reinos; es decir, aquí aparece el lacedemonio.¹⁹ En el *Discurso sobre los asuntos de Florencia* lo coloca junto a Solón:

No ha habido (...) hombres tan ensalzados por sus acciones como los que, con leyes e instituciones, han reformado repúblicas y reinos; son los más alabados, después de los que fueron dioses. Y como ha habido pocos que tuvieran la ocasión de hacerlo (....) es escaso el número de los que lo han hecho. Y tan apreciada ha sido esta gloria por los hombres que no han buscado más que la gloria, que, no habiendo podido edificar una verdadera república, le han dado vida en sus escritos, como Aristóteles y Platón y muchos otros que han querido demostrar al mundo que, si no pudieron, al igual que Solón y Licurgo, fundar un ordenamiento

¹⁷ Fecha en que comenzó a escribir los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.

¹⁸ Cuando escribió el *Discurso sobre los asuntos de Florencia*. Después de la muerte de Lorenzo de Médicis el Joven, en donde por última ocasión menciona a Licurgo.

¹⁹ Cfr. Nicolás Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, trad., intr. y notas de Ana Martínez Arancón, Madrid, Alianza Editorial, 1996 (1987 1ª ed.), Libro I, cap. 10, p. 59.

civil, no se debió a su ignorancia, sino a la imposibilidad de realizarlo.²⁰

En los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, vuelve a colocar al legislador espartano junto a Solón, pero ahora agrega también el nombre de Moisés:

Se podrían citar numerosos ejemplos de lo dicho, como Moisés, Licurgo, Solón y otros fundadores de reinos y repúblicas, los cuales pudieron, atribuyéndose tal autoridad, redactar leyes adecuadas al bien común.²¹

La suerte, para los lacedemonios, de haber contado con Licurgo, aparece referida en el segundo capítulo del libro I de los *Discursos*: “De cuántas clases son las repúblicas y de qué clase fue la república romana”. Ahí se menciona que Esparta fue una de las ciudades más perfectas por haber sido ordenada de acuerdo al diseño de un hombre sabio. Gracias a Licurgo tuvo además la virtud de haber durado ochocientos años.

(...) desde luego podemos llamar feliz a aquella república en la que haya surgido un hombre tan prudente que le haya dado leyes ordenadas de tal manera que, sin necesidad de corregirlas, pueda vivir segura bajo ellas. Y así vemos que Esparta las observó

²⁰ Nicolás Maquiavelo, *Escritos políticos breves*, trad., estudio preliminar y notas de María Teresa Navarro Salazar, Madrid, Tecnós, 2006, p. 158.

²¹ Nicolás Maquiavelo, *Discursos*, Libro I, cap. 9, p. 58.

durante más de ochocientos años sin corromperlas y sin ningún tumulto peligroso.

Es una de las pocas ocasiones en que Maquiavelo relacionará a Esparta con una *república feliz*, lo más común es que la asocie con los adjetivos como exitoso o duradero. Por otra parte, en contraste con este ejemplo de buena fortuna, está Florencia:

(...) alcanza el mayor grado de infelicidad aquella ciudad que, no habiéndose trazado según un ordenamiento jurídico prudente, se ve forzada a reorganizarse a sí misma. Y entre éstas, es más infeliz la que está más apartada del orden adecuado, y estará más apartada la que tenga unas leyes completamente fuera del camino recto que pudiera conducirla a su perfecto y verdadero fin. Porque cuando están en ese grado, es casi imposible que por cualquier imprevisto se recompongan, mientras que aquellas que, si no tienen el orden perfecto, han tomado un principio bueno y apto para volverse mejores, pueden, por la concurrencia de las circunstancias, llegar a ser perfectas. Pero de todos modos, es seguro que nunca se reordenarán sin peligro, porque la mayoría de los hombres no se inclina a unas leyes nuevas que supongan un nuevo estado de cosas en la ciudad, a no ser por una necesidad manifiesta que le obligue a hacerlo, y como tal necesidad no puede llegar sin peligro, es fácil que la república se destruya antes de llegar a un orden perfecto. De esto da fe la república de Florencia, que fue ordenada el año dos, con el motivo

de los sucesos de Arezzo, y desordenada en el doce por los incidentes de Prato.²²

En cuanto a su calidad de fundadores de repúblicas Solón y Licurgo aparecen al mismo nivel. Pero en otro aspecto, Maquiavelo considera superior al espartano: el lacedemonio fundó un orden mixto, mientras que el ateniense se inclinó excesivamente hacia la democracia. El florentino escribió al respecto:

(...) los legisladores prudentes huyen de cada una de estas formas en estado puro, eligiendo un tipo de gobierno que participe de todas, juzgándolo más firme y más estable, pues así cada poder controla a los otros, y en una misma ciudad se mezclan el principado, la aristocracia y el gobierno popular.

Entre los que merecieron más alabanzas por haber dado constituciones de este tipo mixto se encuentra Licurgo, que ordenó sus leyes de Esparta de manera que, dando su parte de poder al rey, a los nobles y al pueblo, construyó un estado que duró más de ochocientos años, con suma gloria para él y quietud para su ciudad. Sucede lo contrario con Solón, el que dio leyes a Atenas, pues organizándolo todo según el gobierno exclusivamente popular, lo construyó de vida tan breve que antes de morir vio cómo nacía la tiranía de Pisístrato, y aunque cuarenta años más tarde fueron expulsados sus herederos y volvió a Atenas a la libertad, al volver a tomar un gobierno popular según

²² *Ibid.*, Libro I, cap. 2, p. 32.

el modelo de Solón, no lo mantuvo más que cien años, pese a que, para sostenerlo, se tomaron muchas medidas para reprimir la insolencia de los grandes y el desorden de las masas que no habían sido previstas por Solón; así que, sólo por no haber incorporado a su gobierno el poder del principado y el de la nobleza, vivió Atenas muy breve tiempo en comparación con Esparta.²³

²³ Nicolás Maquiavelo, *Discursos*, Libro I, cap. 5, pp. 35-36.

Esto lo explica Maquiavelo a propósito del ciclo que recorren los seis tipos puros de gobierno. Según él, lo natural es que una república surja como monarquía y que, con el tiempo, debido a que es la herencia y no el mérito el que hace reyes a los sucesores del monarca, se convierta en tiranía. Posteriormente, los mejores conspiran contra el corrupto líder e imponen un gobierno aristocrático. Pero como sus hijos no hicieron ningún mérito para estar en la cumbre, deforman la aristocracia hasta convertirla en oligarquía. Al ser esta elite insoportable, el pueblo la derroca y funda la democracia. Pero como la siguiente generación no aprecia el orden democrático, abusa de él y comienzan los abusos que terminan en anarquía y demagogia. En la búsqueda de restablecer el orden, se vuelve a elegir a un monarca.

Según el florentino la mayoría de las repúblicas que eligen tipos puros de gobierno, no alcanzan a completar ni una sola vez el ciclo, es decir, perecen en el camino. Por ello, para evitar este naufragio en las tormentosas aguas de los modelos puros, es necesaria una balsa, lejana de los ideales oceánicos pero mejor ajustada a la realidad terrenal del hombre: el gobierno mixto.

A este tipo de gobierno se puede llegar al menos de dos formas: como hizo Esparta, es decir, contando con el consejo de un sabio como Licurgo, o bien, como hizo Roma, a través del conflicto entre la aristocracia y la plebe.

2. Elementos del sistema político espartano abordados por Maquiavelo

A propósito de los defectos del exceso democrático y de Esparta, como contraejemplo virtuoso, en los *Discursos* Maquiavelo escribió:

(...) se ha de tener en cuenta que, cuando se dice que una autoridad otorgada por libre elección no causa perjuicio a la república, se supone que el pueblo no ha de otorgarla más que con las debidas circunstancias y a su debido tiempo, pero cuando, por haber sido engañado o estar obcecado, llega a otorgarla imprudentemente, como hizo el pueblo romano con los decenviros, le sucederá siempre como a éste. Esto se puede demostrar fácilmente considerando las causas por las cuales los dictadores fueron buenos y los decenviros fueron malos, y considerando el modo de proceder de las repúblicas con fama de bien organizadas a la hora de dar autoridad por largo tiempo, como hacían los espartanos con sus reyes y hacen los venecianos con sus duces, pues vemos que ambos los someten a control para que no puedan usar mal su poder.²⁴

Otra virtud de Esparta es que se convirtió en una ciudad que no inspiraba a las demás a intentar conquistarla. Ello por dos motivos: estaba situada en un lugar fácil de defender, de modo que nadie pensaba que podía ser capturada sin dificultades. Y por otra parte, los lacedemonios no hicieron crecer sus dominios, de tal manera que nunca

²⁴ *Ibíd.*, Libro I, cap. 35, p. 118.

se convirtieron en una *polis* formidable ni amenazante para sus vecinos, pues generalmente se hace la guerra a una república “para convertirse en su señor o por miedo de que ella te invada”.²⁵

Finalmente, el éxito de Esparta está vinculado con la composición de su ejército. Tres son los temas a este respecto: los buenos soldados, que son más importantes que el dinero para triunfar en una guerra; el buen ejército, que es más importante para la defensa de la república que una fortaleza; y los soldados-ciudadanos, que son más confiables y valientes que los mercenarios.

La explicación del primer asunto está en los *Discursos*, en el capítulo “El dinero es el nervio de la guerra, según opinión común”. Ahí se concluye que “no es (...) el dinero el nervio de la guerra (pues) el oro (que) resulta también muy necesario” está en “segundo lugar”. En primer lugar están “los buenos soldados”. Más aún,

(...) es imposible que unos soldados excelentes anden escasos de dinero, y es imposible también que el dinero por sí mismo pueda proporcionar buenos soldados. Esto que decimos es cierto, como demuestra la historia en numerosos lugares, y a pesar de que Pericles aconsejó a los atenienses entrar en guerra con todo el Peloponeso, demostrándoles que podían vencer con industria y con oro. Y aunque los atenienses obtuvieron algunos éxitos en aquella guerra, al final la perdieron, y la prudencia y los buenos

²⁵ *Ibíd.*, Libro I, cap. 6, p. 47.

soldados de Esparta valieron más que la astucia y el dinero de Atenas.²⁶

A propósito de qué es un buen soldado, Maquiavelo se refiere en el Libro Cuarto de *El arte de la guerra*, a dos rasgos: el que aprende a despreciar a su enemigo y el que tiene disciplina. Curioso es que no se refiera al amor a la patria, aunque quizás esté implícito en lo comentado acerca de los beneficios de la constitución mixta de los espartanos.²⁷

Acerca del segundo tema, Maquiavelo compara a Esparta con Roma y concluye que ambas ciudades son ejemplo de buena estrategia para la defensa. En el capítulo “Las fortalezas, por lo general, resultan más perjudiciales que útiles” de los *Discursos*, Maquiavelo aclara que se las construye con dos finalidades: para defenderse de enemigos internos o bien, de enemigos externos. Respecto al primer caso no menciona a Esparta, aunque sin duda no las necesitó y por ello fue también virtuosa, pues quien coloca fortalezas es porque teme a su pueblo:

(...) el príncipe o la república que tiene miedo de sus súbditos y teme que se rebelen, basará ese temor en el odio que sus súbditos le profesan, y ese odio habrá sido provocado por su mal comportamiento.²⁸

²⁶ *Ibíd.*, Libro II, cap. 10, pp. 211-212.

²⁷ Cfr. Nicolás Maquiavelo, *El arte de la guerra*, tr. Juan de Dios González Ibarra, México, Fontamara, 2006, Libro IV, pp. 94 y sigs.

²⁸ Nicolás Maquiavelo, *Discursos*, Libro II, cap. 24, p. 259.

Respecto a las fortalezas para defenderse de enemigos externos, considera que son innecesarias si

(...) el pueblo o el reino tienen buenos ejércitos y si no los tienen será inútil: porque los buenos ejércitos, sin fortalezas, son suficientes para defenderse, y las fortalezas sin buenos ejércitos no pueden defender nada.²⁹

El ejemplo positivo al respecto son los lacedemonios y los romanos.

(...) si los romanos no edificaban fortalezas, los espartanos no sólo se abstendrían de ellas, sino que no permitirían que su ciudad estuviese amurallada, porque no querían ningún otro medio de defensa que la virtud de cada ciudadano particular. Por eso, habiéndole preguntado un ateniense a un espartano si le parecían hermosas las murallas de Atenas, contestó: *Sí, si son mujeres las que han de vivir allí.*³⁰

Respecto al tercer tema, es decir, el de los mercenarios en contraste con los ejércitos propios, hay dos referencias. La primera de

²⁹ *Ibíd.*, Libro I, cap. 24, p. 264.

³⁰ *Ibíd.*, *Discursos*, Libro II, cap. 24, pp. 265.

Me parece interesante notar que Maquiavelo no menciona, en ningún lugar, el trato que los lacedemonios daban a las mujeres. Más aún, cuando el tema de las mujeres como seres engañosamente débiles, asociadas con el azar y la fortuna, es de considerar en su obra. En su búsqueda por el éxito y la duración, sostiene Maquiavelo, los hombres y las repúblicas practican la *virtud*, es decir, la *virilidad*, para someter a los elementos femeninos del universo.

ellas está en *El príncipe*. En el capítulo XII, “De cuántas clases es la milicia y de los soldados mercenarios”, el florentino es categórico:

(...) si uno tiene su estado fundado sobre las armas mercenarias, jamás estará tranquilo y seguro; porque están desunidas, son ambiciosas, indisciplinadas, desleales, gallardas entre los amigos y entre los enemigos viles; ni temerosas de Dios ni leales con los hombres; y con ellas se retrasa la derrota en la medida en que se difiere el ataque; en la paz te despojan ellas y en la guerra el enemigo. Y todo eso porque no tienen otro interés ni otro motivo que las mantenga en el campo de batalla que una triste soldada, que no basta para que quieran morir por ti.³¹

El ejemplo de estados arruinados por confiar su seguridad a mercenarios es la Italia de su propio tiempo. Por el contrario, ejemplo de ciudades que contaban con ejércitos propios compuestos de un pueblo armado, son Roma y Esparta. Ambas ciudades, permanecieron libres.³² Algo similar dice nuestro autor en el Libro Primero de *El arte de la guerra*:

(...) los ciudadanos o súbditos, al empuñar las armas por virtud de las leyes y de la constitución, jamás causan daño, y siempre serán útiles, conservándose los Estados mayor tiempo con ejércitos de esta clase que sin ellos. Con sus ciudadanos armados vivió libre Roma durante cuatrocientos años, y Esparta ochocientos. Muchos

³¹ Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe. La Mandrágora*, traducción de Helena Puigdomenech, Madrid, Cátedra, 2008, cap. 12, p. 116.

³² Cfr. *Ibíd*, cap. 12, p. 117.

otros Estados, que los tenían sin armas, apenas han durado cuarenta años. Las naciones necesitan ejércitos y, cuando no los tienen propios, toman a sueldo los extranjeros, los cuales, mucho más pronto que los propios, perjudican al bien público, por corromperse más fácilmente, por estar más dispuestos a apoyar la ambición de un ciudadano poderoso y por ser materia a propósito cuando se trata de oprimir a hombres desarmados.³³

³³ Nicolás Maquiavelo, *El arte de la guerra*, Libro I, p. 27

3. El papel de los hombres notables: reconocimiento de Maquiavelo a los sabios espartanos

Maquiavelo agrega, en la lista en que aparece el nombre de Licurgo, el más grande, el nombre de otros espartanos destacados: los legisladores Agis y Cleómenes y los tiranos prudentes Nabis y Agesilao. A propósito de los dos primeros, los compara con Rómulo y los considera los continuadores del orden “enjaulado”³⁴ espartano. El capítulo 9 del Libro I de los *Discursos*, titulado “Que es preciso que sea uno solo el que organice de nuevo una república o el que la reforme totalmente, sin tener en cuenta los usos antiguos”, habla del intento de

Agis, rey de Esparta, (quien) quería encerrar de nuevo a los espartanos en los límites fijados por las leyes de Licurgo, pues le parecía que, por haberse desviado algo de ellas, la ciudad había perdido bastante de la antigua virtud y, en consecuencia, de fuerza y de poder; apenas había comenzado esta labor, fue muerto por los éforos espartanos, como si hubiera querido convertirse en tirano. Pero sucediéndole en el reino Cleómenes, en quien los recuerdos y los escritos de Agis habían hecho nacer el mismo deseo, considerando el propósito y las razones que le movían a ello, éste se dio cuenta de que no podía hacerle este beneficio a la patria si no era el único que tuviese autoridad, pues, dada la ambición de los hombres, juzgaba que no le iba a ser

³⁴ Más adelante, cuando me refiero a los límites de Esparta, hablaré con más detalle de la “cerrazón” o “enjaulamiento” espartano.

posible hacer bien a muchos contra la voluntad de unos pocos; de modo que, cuando se le presentó una ocasión conveniente, hizo matar a todos los éforos y a cualquiera que pudiese oponerse a sus designios, y luego restauró completamente las leyes de Licurgo. Esta decisión era apropiada para hacer resurgir Esparta, dando a Cleómenes una reputación similar a Licurgo, si no hubiera sido por la potencia de los macedonios y la debilidad de las demás potencias griegas. Pues después de esa restauración fue atacado por los macedonios, y encontrándose inferior en recursos, y no teniendo a quien recurrir, fue vencido, y aquél propósito suyo, aunque justo y laudable, quedó imperfecto.³⁵

En cuanto al monarca Agesilao, el florentino lo coloca entre los gobernantes moderados leales y prudentes, junto a Timoleón de Corinto y Dión de Siracusa. Los menciona para hacer contraste con el tirano espartano Nabis, Falaris de Agrigento y Dionisio de Siracusa. Los primeros son laudables y los segundos, vituperables. Los segundos, llegan a ese execrable punto al ser engañados por la falsa gloria. Que es una gloria falsa lo prueba el hecho de que la mayor parte de ellos murieron asesinados.³⁶

De cualquier manera, Maquiavelo considera que Nabis contaba con la virtud de ser un tirano apoyado por su pueblo. El florentino escribió que era mejor contar la muchedumbre que con la aristocracia.

³⁵ Nicolás Maquiavelo, *Discursos*, Libro I, cap. 9, pp. 58-59.

³⁶ Cfr. *Ibíd*, Libro I, cap. 10, pp. 60-62.

Los tiranos que tienen por amigo al universal y por enemigos a los grandes están más seguros, porque sostienen su violencia sobre una fuerza mayor que los que tienen por enemigo al pueblo y por amiga a la nobleza. Porque, contando con este favor, las fuerzas intrínsecas serán suficientes para mantenerlo, como le fueron suficientes a Nabis, tirano de Esparta, cuando se le enfrentó toda Grecia y el pueblo romano; pues él, asegurándose de algunos nobles y teniendo al pueblo de su parte, pudo defenderse, lo que hubiera resultado imposible si lo hubiera tenido en contra. En cambio, si se tienen pocos amigos dentro, no basta con las fuerzas intrínsecas, sino que es preciso buscarlas fuera.³⁷

Más adelante, en el Libro Tercero de los *Discursos*, Maquiavelo se vuelve a referir a Nabis, pero ahora como ejemplo de un líder que pudo resistir un gran ataque frontal pero no la conspiración de unos cuantos. El mismo argumento lo repite en *El príncipe*, en los capítulos “9. Del principado civil”³⁸ y “19. De qué manera se ha de evitar al ser menospreciado y odiado”.³⁹

³⁷ Cfr. *Ibíd.*, Libro I, cap. 40, p. 133.

³⁸ “A un príncipe le conviene contar con la amistad de su pueblo, de lo contrario no tendrá remedio alguno en la adversidad. Nabis, príncipe de los Espartanos, aguantó el asedio de toda Grecia y de un victorioso ejército romano, y contra todos ellos defendió su patria y su estado; y le bastó tan sólo, llegado el peligro, cerciorarse de unos pocos: lo que no le habría bastado de haber tenido el pueblo en contra”. Cfr. Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, p. 108.

³⁹ “El príncipe ha de procurar (...) evitar todo aquello que le haga odioso o digno de menosprecio; si así lo hace habrá cumplido con su papel de príncipe, y sus otros defectos no representarán peligro alguno para él. Le hace odioso, sobre todo... el

ser rapaz y usurpador de los bienes y de las mujeres de sus súbditos: de eso ha de guardarse; que la mayoría de los hombres siempre que no se les quita ni los bienes ni el honor viven contentos, y sólo hay que combatir la ambición de unos pocos, que fácilmente y de distintas maneras puede ser refrenada. Lo hace despreciable el ser considerado voluble, frívolo, afeminado, pusilánime, irresoluto: de todo eso ha de guardarse un príncipe como de un escollo e ingeniárselas para que en sus acciones se reconozca grandeza de ánimo, valor, gravedad, fortaleza; y en lo que toca a los asuntos privados de sus súbditos ha de procurar que su sentencia sea irrevocable; manteniendo así su prestigio de manera que nadie piense ni en engañarle ni en confundirle.

El príncipe que da de sí esta imagen adquiere gran reputación, y contra alguien que tiene tan buena reputación difícilmente se conjura; difícilmente se ataca a alguien al que se sabe tenido por excelente y reverenciado por los suyos. Porque un príncipe ha de abrigar dos temores: uno interior, de sus súbditos; otro exterior, de los poderosos príncipes extranjeros. De este último temor se defiende con buenos ejércitos y buenos amigos; y siempre que esté bien armado tendrá buenos amigos; y siempre que las cosas de fuera estén tranquilas estarán tranquilas las del interior, a menos que se vean perturbadas por una conjura; y aun cuando los asuntos externos se agitaran, si el príncipe se ha organizado y ha vivido como he dicho, si no pierde la cabeza, podrá aguantar cualquier ataque, tal como dije que hizo el espartano Nabis”. *Ibíd.*, p. 143.

4. Fundamentación maquiaveliana de las causas del imperio fallido de los espartanos

En el capítulo “De las conjuras”, en los *Discursos*, el florentino nos aclara que son más peligrosas que las guerras mismas, pues mientras sólo muy pocos pueden reunir una fuerza suficiente para hacer una guerra abierta, bastan únicamente un puñado de conspiradores para llevar a cabo una conjura. En segundo lugar, dice que todas las conjuras han sido planeadas y llevadas a cabo por nobles o íntimos del príncipe, pues quienes no están en el entorno del príncipe, ni tampoco locos, saben que están demasiado lejos y son demasiado débiles para triunfar en una empresa tan compleja.⁴⁰ Es compleja porque es sencillo encontrarse con obstáculos como los delatores, o el acceso al príncipe. Es decir:

Vemos (...) que los que forjan las conjuras suelen ser hombres importantes o familiares del príncipe, y muchos de ellos lo hacen movidos tanto por el exceso de beneficios como por el exceso de injurias (...)

Un príncipe que quiera estar a salvo de las conjuras debe (...) temer más a aquellos a quienes ha complacido demasiado que a los que han recibido demasiadas injurias: porque a éstos les falta la facilidad, que a los otros les sobra, y además su determinación

⁴⁰ Por ello, el pueblo se conforma, cuando odia el príncipe, simplemente con maldecirlo.

no es tan firme, porque el deseo de mando es mayor que el de venganza.⁴¹

Finalmente, aparece el ejemplo de cómo los etolios conjuraron contra Nabis, y triunfaron gracias a su prudencia. Es decir, aquí el espartano sirve como mal ejemplo. A este tirano, los etolios

(...) con el pretexto de prestarle ayuda, le enviaron a Alesameno, uno de sus ciudadanos, con treinta caballos y doscientos infantes, y sólo comunicaron sus intenciones a Alesameno, ordenando a los otros que lo obedecieran en todo lo que les mandase, bajo pena de exilio. Fue éste a Esparta, y a nadie le comunicó su plan hasta el momento de ponerlo en práctica, por lo que pudo cometer el asesinato con toda felicidad.⁴²

El hecho de que haya sido un extranjero quien matara al gobernante espartano, nos lleva de inmediato al tema de la política externa de los lacedemonios. Vimos que Maquiavelo admiraba su constitución y estabilidad interna. Pero ahora vemos que el mismo tirano que podía resistir a sus enemigos por contar con el apoyo de su pueblo –fuerza al interior– es asesinado por sus enemigos externos.

Maquiavelo habla de Esparta como un imperio tiránico, abusivo, arrogante, y lo peor, fallido en tanto fue incapaz de mantener sus conquistas. En capítulo 6 del tercer libro de los *Discursos*, hace referencia al carácter abusivo de la tiranía lacedemonia sobre Tebas:

⁴¹ Cfr. Nicolás Maquiavelo, *Discursos*, Libro III, Cap. 6, pp. 302 a 311.

⁴² Cfr. *Ibíd.*, Libro III, Cap. 6, p. 307.

Los que con sus propias tropas o sirviéndose de ejércitos extranjeros han conspirado para ocupar su patria, han obtenido diversos resultados, según la suerte. El citado Catilina fracasó pronto. Annón (...) cuando falló en lo del veneno armó a sus partidarios, que eran muchos miles de personas, y todos, incluyéndole a él, murieron. Algunos de los primeros ciudadanos de Tebas, pretendiendo la tiranía, llamaron en su ayuda a un ejército espartano y se convirtieron en tiranos.⁴³

Posteriormente, los espartanos vuelven a aparecer en los *Discursos*, ahora como ejemplo de esclavizadores de otros pueblos y de nueva cuenta, se menciona el caso de Tebas:

Pelópidas y Epaminondas (...) después de sacar a su patria de la esclavitud de los espartanos, en poco tiempo convirtieron a los ciudadanos tebanos en óptimos soldados, que no sólo resistieron al ejército espartano, sino que lo vencieron. Así, la cuestión está igualada, porque una de las partes, siendo buena, puede mejorar a la otra.⁴⁴

Y tres capítulos más adelante los lacedemonios se muestran, una vez más, como un imperio imprudente, que se propone empresas desmedidas,⁴⁵ situación que, claro está, contrasta notablemente con su

⁴³ *Ibíd.*, Libro III, cap. 6, p. 323.

⁴⁴ *Ibíd.*, Libro III, cap. 13, p. 344.

⁴⁵ “(...) Tucídides (...) nos cuenta que, habiéndose mostrado superior la república ateniense en la guerra del Peloponeso, consiguiendo frenar el orgullo de los

organización interior. Vemos pues, que Esparta estaba bien preparada para los asuntos domésticos, pero no tenía experiencia en cuanto a política exterior.

Finalmente, en *El príncipe*, volvemos a encontrar a Esparta como imperio fallido al no lograr mantener el dominio sobre las ciudades que conquistó durante la Guerras del Peloponeso:

Hay tres maneras de conservar los estados adquiridos cuando éstos (...) están acostumbrados a vivir con sus propias leyes y en libertad: la primera, destruirlos; otra, ir a vivir personalmente en ellos, y la tercera, dejarles vivir con sus antiguas leyes cobrándoles tributo y creando un gobierno minoritario que te los mantenga amigos. Porque, habiendo sido este gobierno creado por el príncipe conquistador, los oligarcas saben muy bien que no pueden mantenerse sin su poder y apoyo, con lo que harán lo posible para conservar su autoridad; y más fácilmente se conserva una ciudad acostumbrada a vivir libre, con el apoyo de sus ciudadanos, que de ninguna otra manera; eso, claro, queriendo evitar su destrucción. Como ejemplos tenemos a los espartanos y a los romanos. Los espartanos conquistaron Atenas y Tebas, creando en ellas un gobierno oligárquico, y con todo las volvieron a perder. Los romanos, para mantener su dominio en Capua, Cartago y Numancia, las destruyeron y no las perdieron; quisieron conservar Grecia casi como lo habían hecho los espartanos,

espartanos y teniendo sometido casi al resto de Grecia, logró tanta reputación que planeó ocupar Sicilia”. *Ibíd.*, Libro III, cap. 16, p. 350.

manteniendo sus leyes y dejándola libre y fracasaron; así que se vieron obligados a destruir muchas ciudades de aquella provincia para conservarlas. Porque, en verdad, no hay otro medio más seguro de posesión que la ruina. Y quien se apodera de una ciudad acostumbrada a vivir libre y no la destruye, que espere a ser destruido por ella; ya que siempre, en caso de rebelión, se apoyará en el nombre de la libertad y en sus antiguas instituciones; cosas ambas que no se olvidan por mucho tiempo que pase y por muchos beneficios que se reciban. Y por mucho que se haga o se prevea, si no se disgregan o dispersan sus habitantes, nunca olvidarán ni aquel nombre ni aquellas instituciones, y a la menor ocasión recurrirán a ellas como hizo Pisa luego de cien años de sometimiento a los florentinos. Pero cuando las ciudades o las provincias están acostumbradas a vivir bajo un príncipe, y la familia se ha extinguido, estando por un lado acostumbrados a obedecer y por otro no temiendo a su viejo príncipe, no se ponen de acuerdo para elegir de entre ellos a otro, ni saben vivir libres: así que son siempre más lentos a la hora de tomar las armas y un príncipe puede con más facilidad conquistarlos y hacerlos suyos. En cambio en las repúblicas hay mayor vida, más odio, más deseo de venganza; no las deja, ni puede dejarlas descansar el recuerdo de la antigua libertad: así que, el camino más seguro es destruirlas o vivir en ellas.⁴⁶

⁴⁶ Maquiavelo, *El príncipe*, cap. 5, pp. 87-88.

5. Esparta como sistema político cerrado

El por qué los lacedemonios no lograron construir un imperio, por qué eran odiados por las demás polis hasta el punto de luchar hasta la muerte por liberarse de ellos, tiene una explicación en la misma constitución de Esparta.

A Esparta Maquiavelo la consideraba un modelo a seguir, a diferencia de Florencia, que es, por lo general, un modelo de ruina. Sin embargo, el mejor de los modelos es Roma. Con Esparta se logra la “duración” y la “estabilidad”, pero algo le falta: la grandeza de las conquistas, que está presente en Roma. Este punto comienza a tratarlo en el capítulo 5 del Libro I de los *Discursos*, titulado “¿Dónde se resguardará más seguramente la libertad, en el pueblo o entre los grandes, y quiénes tienen mayores motivos para causar tumultos, o quiénes quieren conquistar y quiénes mantener?”

Aquí Maquiavelo introduce un tema: el enjaulamiento o cerrazón de los espartanos. La encuentra en tres aspectos. En primer lugar, en cuanto toca a los magnates, y sólo a ellos, a quienes se les confía la defensa de la libertad. En segundo lugar, en tanto no se admiten extranjeros, ni como visitantes ni tampoco como nuevos asentados. Y finalmente, la cerrazón para ocupar cargos públicos, que están confiados a una pequeña elite.

En cuanto al primer tema, el florentino nos dice que en Esparta y en Venecia se confió la libertad a los magnates, mientras en Roma, a la plebe. Maquiavelo hace el análisis de cuál de estas dos opciones es

mejor. En principio, la elección de los magnates parece la mejor, pues las repúblicas que eligieron esta vía duraron más que Roma. Al respecto el florentino escribió:

(...) los que defienden el orden espartano y véneto dicen que los que ponen la vigilancia en manos de los poderosos hacen dos cosas buenas: la una, satisfacer más la ambición de los nobles, que teniendo más participación en la república, por tener en sus manos ese bastón de mando, tienen más razones para contentarse; la otra, que quitan un cargo de autoridad de los ánimos inquietos de la plebe, que son causa de infinitas disensiones y escándalos en una república y que pueden reducir a la nobleza a una desesperación que tendría efectos muy nocivos. Y ponen como ejemplo a la propia Roma, que por haber puesto esta autoridad en manos de los tribunos de la plebe, no les bastó con tener un cónsul plebeyo, sino que pretendieron que lo fueran los dos; luego quisieron que fueran partidarios suyos el censor, el pretor y todas las otras dignidades del gobierno de la ciudad, y no bastándoles esto, llevados por el mismo furor, comenzaron, con el tiempo, a adorar a los hombres que consideraban aptos para derrotar a la nobleza, de donde nació el poder de Mario y la ruina de Roma. Y ciertamente, considerando bien lo uno y lo otro, podríamos dudar al elegir un guardián para la libertad, sin saber qué tipo de hombre es más perjudicial para la república, el que desea mantener el honor ya adquirido o el que quiere adquirir el que no tiene.⁴⁷

⁴⁷ Nicolás Maquiavelo, *Discursos*, Libro I, cap. 5, p. 43.

Sin embargo, el autor de *El príncipe* añade otro elemento al análisis: la gloria obtenida por el aumento de tamaño y de los poderes, es decir, la construcción del Imperio.

Por fin, quien analice todo sutilmente acabará por llegar a esta conclusión: podemos hablar de una república que quiera construir un imperio, como Roma, o de otra a la que le baste con conservarse en su estado. En el primer caso es preciso imitar lo que hizo Roma, y en el segundo se puede copiar a Venecia y Esparta.⁴⁸

En cuanto a cómo las cerrazones segunda y tercera contribuyeron a la duración de Esparta, en el Libro I, capítulo 6,⁴⁹ Maquiavelo comenta

(...) las repúblicas (...) sin tantas enemistades y tumultos, han permanecido libres por mucho tiempo (...). Esparta (...) estaba gobernada por un rey y un pequeño senado. Pudo mantenerse así durante mucho tiempo porque, teniendo pocos habitantes y habiendo cerrado el camino para que viniesen a establecerse allí, y teniendo mucho respeto a las leyes de Licurgo (que si eran observadas escrupulosamente, impedían toda causa de tumultos) pudieron vivir unidos largo tiempo. Porque Licurgo, con sus leyes, estableció mucha igualdad en esencia y poca en la categoría; pues todos eran igualmente pobres, y los plebeyos carecían de ambición, ya que los cargos públicos se repartían entre muy pocos

⁴⁸ *Ibíd.*, Libro I, cap. 5, pp. 41-42.

⁴⁹ “6. Si en Roma se podía instituir un gobierno que acabase rápidamente con la enemistad entre el pueblo y el senado”.

ciudadanos y se mantenían alejados de la plebe, y tampoco la nobleza, con sus malos tratos, despertaba los deseos de obtener el acceso a ellos.⁵⁰

Cerrarse a los extranjeros tuvo dos ventajas: no se desorganizaba la propiedad por las peticiones de los recién llegados, ni tampoco se corrompía a los locales con ideas extranjeras. Al no haber comparaciones, no se difundían puntos de vista diferentes a los dictados por la tradición y la ley; con poca comparación, hay también, pocas críticas.⁵¹

Maquiavelo considera que la cerrazón es una virtud para que la república “dure”, sin embargo, es un obstáculo en dos sentidos: un orden demasiado estable no es capaz de adaptarse a nuevas circunstancias;⁵² y lo más importante, es un obstáculo para la grandeza,

⁵⁰ Nicolás Maquiavelo, *Discursos*, Libro I, cap. 6, pp. 44-45.

⁵¹ *Ibíd.*, Libro I, cap. 6, p. 46.

⁵² “Si ella (la república) se mantiene en sus límites y se ve por experiencia que carece de ambición nadie la hará la guerra por miedo, sobre todo si las constituciones o leyes le prohibiesen la ampliación. Y no me cabe duda de que, si se pudiera mantener este equilibrio, se encontraría la verdadera vida política y la auténtica quietud de una ciudad. Pero como las cosas de los hombres están siempre en movimiento y no pueden permanecer estables, es preciso subir o bajar, y la necesidad nos lleva a muchas cosas que no hubiéramos alcanzado por la razón, de modo que, si una república está organizada de forma apta para mantenerse, pero sin ampliación, y la necesidad la obliga a extenderse, en seguida temblarán sus cimientos y la harán desplomarse en ruinas”. *Ibíd.*, Libro I, cap. 6, p. 48.

para la misión imperial.⁵³ A diferencia de Esparta, Roma no se cerró. Permitió el ingreso de extranjeros a su dominio –incluso otorgándoles la ciudadanía– y el ascenso de la plebe a cargos de gobierno. Por ello, Roma perdió en estabilidad pero ganó en tamaño y gloria.

Vemos cómo los legisladores de Roma, si querían que esta ciudad estuviese tranquila (...) hubiesen debido o no recurrir a la plebe en caso de guerra, como los venecianos, o no permitir la afluencia de extranjeros, como los espartanos. Como hicieron ambas cosas, lo que proporcionó a la plebe fuerza y aumento, permitieron que naciesen infinitas ocasiones de alterar el orden público. Pero si el estado romano hubiera sido más tranquilo, habría tenido el inconveniente de ser también más débil, porque habría cerrado el camino para poder llegar a aquella grandeza que alcanzó, de modo que, quitando de Roma la causa de los tumultos, se quitaba también la de su engrandecimiento. Y en todas las cosas humanas sucede, si bien se mira, que no se puede quitar un inconveniente sin que inmediatamente surja otro. Por tanto, si

⁵³ “Como la ampliación es el veneno de repúblicas semejantes (a Venecia y Esparta), deberá, de todas las maneras posibles, impedir cualquier conquista, pues las conquistas, cuando se apoyan en una república débil, constituyen su ruina segura. Así sucedió en Esparta y en Venecia: la primera, habiendo sometido a casi toda Grecia, mostró su débil fundamento al primer ligero incidente, pues, tras la rebelión de Tebas, llevada a cabo por Pelópidas, se rebelaron las otras ciudades y se arruinó completamente aquella república; de igual manera, Venecia, habiendo ocupado gran parte de Italia, en la mayoría de los casos no por las armas, sino con dinero y astucia, cuando quiso poner a prueba sus fuerzas lo perdió todo en un solo día”. *Ibíd.*, Libro I, cap. 6, p. 47.

quieres un pueblo numeroso y armado para poder construir un gran imperio, será de tal calidad que luego no lo podrás manejar a tu antojo, y si lo mantienes pequeño y desarmado para poder manejarlo, si conquistas algún territorio no lo podrás mantener, o se volverá de ánimo tan vil que serás presa de cualquiera que te asalte. Y por eso en este asunto se debe considerar dónde hay menos inconvenientes y obrar en consecuencia, porque algo totalmente ventajoso, sin ningún recelo, no se encuentra jamás. Podía pues Roma, a semejanza de Esparta, instituir un príncipe vitalicio y un pequeño senado, pero entonces, lo mismo que Esparta, no podría aumentar el número de sus ciudadanos para formar un gran imperio, o de otro modo el rey vitalicio y el reducido número de senadores le serviría de bien poco para mantener la unidad.⁵⁴

En la medida en que Esparta era una polis cerrada, los conquistados no tenían posibilidad de obtener ninguna dignidad. Por el contrario, sabían que serían cruelmente sojuzgados. Los romanos, al ser un imperio abierto, daban la oportunidad a los vencidos, de romanizarse y así, si situación no era desesperada. La cerrazón llevó entonces, a los espartanos, a otro vicio más: la tiranía.

Ya desde el título del capítulo 10 en el Libro I de los *Discursos*, Maquiavelo nos deja ver su juicio: “Qué laudables son los fundadores de una república o un reino, y qué vituperables, en cambio, los tiranos”. Y justamente, el triste ejemplo de la tiranía, es en este caso, Esparta:

⁵⁴ Cfr. *Ibíd.*, Libro I, cap. 6, p. 48.

Los tebanos Pelópidas y Epaminondas, después de liberar Tebas, sacándola de la servidumbre del imperio espartano, se encontraron en una ciudad acostumbrada a ser sierva y entre unos hombres afeminados, pero tanta fue su virtud que no dudaron en someterlos a la disciplina militar, y marchar con ellos, en campo abierto, al encuentro de los ejércitos espartanos, a los que vencieron, y el que escribe sobre esto dice que estos dos demostraron en poco tiempo que no sólo en Lacedemonia nacían los hombres de guerra, sino en cualquier lugar donde hubiera hombres, si se encontrara quien supiese dirigirlos a la milicia.⁵⁵

En el segundo capítulo del Libro II, Maquiavelo hace mención de un ejemplo similar, al referirse al hecho de que los pueblos antiguos, gracias a su religión guerrera, amaban la libertad y odiaban la esclavitud. El ejemplo es Corcira y de nuevo, el estado malvado es Esparta, que apoyó a una facción que pretendía tiranizar a Corcira. Los lacedemonios aquí no sólo se equivocan en cuanto al hecho de apoyar una causa injusta, sino, y esto es lo más importante para Maquiavelo, se equivocan porque apoyan la causa equivocada, es decir, la que tiene menos posibilidades de triunfar; y si ayudada por la Diosa Fortuna triunfa, de todos modos, es la que menos posibilidades tiene de durar.⁵⁶

⁵⁵ *Ibíd.*, Libro I, cap. 21, p. 91.

⁵⁶ “Nada creó a los romanos tantas dificultades a la hora de vencer a los pueblos de su entorno y a algunas provincias lejanas, como el amor que, en aquellos tiempos, tenían muchos pueblos a la libertad (...). Muchos ejemplos nos demuestran a cuántos peligros se expusieron por conservar o recuperar la libertad, y qué venganzas tomaron contra quien se la quitaba. (...)”

(...) Es fácil conocer de dónde le viene al pueblo esa afición a vivir libre, porque se ve por experiencia que las ciudades nunca aumentan su dominio ni su riqueza sino cuando viven en libertad.

(...) Tampoco debe asombrarnos que los pueblos tomasen venganzas extraordinarias contra quienes les arrebataban la libertad. De lo cual existen muchos ejemplos, y yo referiré sólo uno, ocurrido en Corcira, ciudad de Grecia, durante la guerra del Peloponeso; dicha guerra tenía dividido al país en dos partidos, de los cuales uno favorecía a los atenienses y el otro a los espartanos, y en muchas ciudades donde existían ambas facciones unos buscaban la amistad de Esparta y otros la de Atenas. En la ciudad que hemos citado prevalecieron los nobles y arrebataron la libertad al pueblo; pero los demócratas, con la ayuda de Atenas, recuperaron las fuerzas, y una vez que tuvieron en sus manos a todos los nobles, los encerraron a todos juntos en una prisión, de donde los sacaban en grupos de ocho o diez, so pretexto de exiliarlos a diferentes lugares, y los hacían morir con diversos castigos ejemplares. Los que aún quedaban vivos se enteraron de esto, y decidieron, en la medida de lo posible, escapar a una muerte tan ignominiosa, y armándose como mejor pudieron, combatían a los que querían entrar y defendían la puerta de la prisión, de modo que el pueblo acudió en masa en cuanto tuvo noticia de lo sucedido, y, derribando el techo de la prisión, los enterró entre aquellas ruinas. Sucedieron aún en aquel país otros muchos casos tan horribles y notables, de modo que vemos cuán cierto es que se venga con mayor ímpetu la libertad arrebatada que la que se ha intentado arrebatar.

(...) Pensando de dónde puede provenir el que en aquella época los hombres fueran más amantes de la libertad que en ésta, creo que procede de la misma causa por la que los hombres actuales son menos fuertes, o sea, de la diferencia entre nuestra educación y la de los antiguos, que está fundada en la diversidad de ambas religiones. Pues como nuestra religión muestra la verdad y el camino verdadero, esto hace estimar menos los honores mundanos, mientras que los antiguos, estimándolos mucho y teniéndolos por el sumo bien, eran más arrojados en sus actos. Esto se puede comprobar en muchas instituciones, comenzando por la

Otro defecto producto de la cerrazón lacedemonia fue la ineficacia para preservar las conquistas de ciudades grandes. Así, cuando Esparta derrotó a Tebas, al intentar dominarla, fue como un tronco delgado que buscando sostener grandes ramas, se quebró.

Los que deseen que una ciudad se haga con un gran imperio, deben ingeniárselas (...) para llenarla de habitantes, porque sin esta abundancia de hombres nunca se conseguirá hacer grande a una ciudad. Esto se hace de dos maneras: por amor y por fuerza.

magnificencia de sus sacrificios y la humildad de los nuestros, cuya pompa es más delicada que magnífica y no implica ningún acto feroz o gallardo. Allí no faltaba la pompa ni la magnificencia, y a ellas se añadía el acto del sacrificio, lleno de sangre y de ferocidad, pues se mataban grandes cantidades de animales, y este espectáculo, siendo terrible, modelaba a los hombres a su imagen. La religión antigua, además, no beatificaba más que a hombres llenos de gloria mundana, como los capitanes de los ejércitos o los jefes de las repúblicas. Nuestra religión ha glorificado más a los hombres contemplativos que a los activos. A esto se añade que ha puesto el mayor bien en la humildad, la abyección y el desprecio de las cosas humanas, mientras que la otra lo ponía en la grandeza de ánimo, en la fortaleza corporal y en todas las cosas adecuadas para hacer fuertes a los hombres. Y cuando nuestra religión te pide que tengas fortaleza, quiere decir que seas capaz de soportar, no de hacer, un acto de fuerza. Este modo de vivir parece que ha debilitado al mundo, convirtiéndolo en presa de los hombres malvados, los cuales lo pueden manejar con plena seguridad, viendo que la totalidad de los hombres, con tal de ir al paraíso, prefiere soportar sus opresiones que vengarse de ellas. Y aunque parece que se ha afeminado el mundo y desarmado el cielo, esto procede sin duda de la vileza de los hombres, que han interpretado nuestra religión según el ocio, y no según la virtud. Porque si se dieran cuenta de que ella permite la exaltación y la defensa de la patria". *Ibíd.*, Libro II, cap. 2, pp. 184-188.

Por amor, manteniendo abiertas y seguras las vías para los forasteros que quieran venir a establecerse en ella, de modo que todos la habiten gustosamente; por fuerza, destruyendo las ciudades vecinas y forzando a sus habitantes a vivir en tu ciudad. Esto fue tan observado en Roma, que en tiempos del sexto rey vivían en ella ochenta mil hombres capaces de llevar armas. Porque los romanos querían hacer como los buenos labradores, que para que una planta crezca y pueda producir y madurar sus frutos, le cortan las primeras ramas, para que, devuelta aquella fuerza a la base de la planta, puedan con el tiempo brotar de nuevo más fuertes y fructíferas. Y que este procedimiento usado para ampliar y formar el imperio sea bueno y necesario, lo demuestra el ejemplo de Esparta y Atenas, las cuales, siendo dos repúblicas bien provistas de armas, y ordenadas con leyes óptimas, sin embargo no alcanzaron la grandeza del imperio romano, mientras que Roma parecía más tumultuaria y peor organizada que ellas. De lo que no se puede aducir otra causa que la citada: porque Roma, por haber engrosado por esos dos procedimientos el cuerpo de la ciudad, pudo pronto poner en armas doscientos mil hombres, mientras que Esparta y Atenas nunca pasaron de veinte mil cada una, y esto se debe no a que el emplazamiento de Roma fuera más benigno que el suyo, sino tan sólo al diferente modo de proceder. Porque Licurgo, el fundador de la república espartana, pensando que nada podría disolver sus leyes más fácilmente que la admisión de nuevos habitantes, hizo todo lo posible porque los forasteros no se comunicasen con los ciudadanos, y no les otorgó permiso ni para el matrimonio, ni para

lograr los derechos civiles, y en cuanto a los otros contactos que hacen reunirse a los hombres, mandó acuñar moneda de cuero, para quitarle a cualquiera las ganas de venir con mercancías o con cualquier oficio, de modo que aquella ciudad no podía incrementar el número de sus habitantes. Y como todas nuestras acciones imitan a la naturaleza, es imposible que un tronco muy delgado sostenga unas ramas gruesas. Por eso una república pequeña no puede ocupar ciudades o reinos que sean más fuertes o más grandes que ella, y si por azar los ocupa, le pasa como al árbol que tiene una rama más gruesa que el tronco, que, sosteniéndola con trabajo, cualquier pequeño viento lo derriba, como vemos que sucedió en Esparta, que, habiendo ocupado todas las ciudades de Grecia, en cuanto se rebeló Tebas se alzaron todas las demás, y quedó sólo el tronco desprovisto de ramas. Lo que no podía suceder en Roma, que tenía un pie tan grueso que podía sostener fácilmente cualquier rama.⁵⁷

Un defecto más de la cerrazón, derivado del anterior, es el modo de conquista de los espartanos: al no admitir una alianza entre iguales –por considerar que nadie era igual a ellos–, ni una alianza con liderazgo –que implicaría reconocimiento e inclusión de los aliados–, los espartanos optaron por el peor sistema imperial, es decir, el mero sojuzgamiento. En este caso, Roma vuelve a ser la ciudad sabia que, al elegir la segunda opción, logró ampliarse con éxito, mientras Esparta y Atenas, son *polis* poco visionarias.

⁵⁷ Nicolás Maquiavelo, *Discursos*, Libro II, cap. 3, 191-192

Quien estudia las historias antiguas, se da cuenta de que las repúblicas han empleado tres procedimientos para ensanchar sus dominios. El primero es el que siguieron los antiguos toscanos, formando una liga de muchas repúblicas donde ninguna superase a las otras en rango ni en autoridad, y al conquistar, hacían a las otras ciudades compañeras suyas, de modo parecido a como hacen en nuestros tiempos los suizos, y como en la antigüedad hicieron los aqueos y los etolios en Grecia.

El segundo procedimiento es también formar una alianza, pero conservando la categoría de jefe, la sede del imperio y la iniciativa de las empresas, y fue el procedimiento que emplearon los romanos.

El tercer procedimiento es anexionarse súbditos, y no aliados, como hicieron los espartanos y los atenienses. De los tres procedimientos, el tercero es absolutamente inútil, como muestra el ejemplo de las dos repúblicas citadas, que hallaron su ruina no por otra causa que por haber conquistado un imperio que no podían conservar. Porque tomarse el trabajo de gobernar una ciudad por la fuerza, y sobre todo si está acostumbrada a vivir libre, es algo muy difícil y fatigoso. Y si no estás en pie de guerra y bien provisto de armas, no la podrás ni mandar ni regir, y para estar así necesitas compañeros que te ayuden, así como incrementar el número de habitantes de tu ciudad, y como esas dos ciudades no hicieron ni lo uno ni lo otro, su actuación resultó inútil. Y como Roma, que es un ejemplo del segundo procedimiento, hizo ambas cosas, llegó a tan extraordinaria

grandeza. Pues ella fue la única en proceder así, y la única que llegó a ser tan poderosa; porque, por una parte, se hizo con numerosos aliados que, en muchos aspectos, se regían por las mismas leyes que ella, y, por otra parte, se reservó siempre la sede del imperio y el título de mando, de modo que sus compañeros, sin percatarse de ello, venían a someterse a sí mismos con sus trabajos y su sangre.⁵⁸

⁵⁸ Nicolás Maquiavelo, *Discursos*, Libro II, cap. 4, 193-194

6. Apreciaciones de Maquiavelo sobre la superioridad de la educación espartana sobre la romana

Además de los temas tratados arriba, existe una referencia de difícil analogía: cuando en el Libro Primero de *El arte de la guerra* Maquiavelo se refiere a la dificultad de imitar a los antiguos por considerarse, por parte de sus contemporáneos, una locura su modelo de crianza.⁵⁹

Esa no es la única referencia en la cual la simpatía de Maquiavelo por los laconios parece tener un límite. Este límite es más notorio cuando se trata de comparar a Esparta con Roma. Al preferir a Esparta sobre Roma, está claro que el florentino prefiere la gloria a la duración. Sin embargo, hay dos ejemplos de cómo Roma fue derrotada, así fuera sólo en una batalla y no en una guerra, por los lacedemonios. Ambos ejemplos se encuentran en *El arte de la guerra*. El primero dice:

Zanobi. –Me cuesta trabajo creer que tal fuego pueda detener al enemigo, máxime habiendo oído que el cartaginés Hannón, perseguido por los enemigos, llenó de leña y maderos el lado por donde quería operar su retirada y los incendió; los enemigos no creyeron necesario guardar aquella parte, y entonces hizo pasar su ejército sobre las llamas, ordenando a los soldados que se taparan la cara con el escudo para defenderse del fuego y del humo.

Fabricio. –Es cierto; pero considera la diferencia que hay entre lo que he dicho y lo hecho por Hannón. He dicho que abriría una

⁵⁹ Nicolás Maquiavelo, *El arte de la guerra*, Libro I, p. 14.

zanja y la llenaría de materias inflamables, de suerte que el paso lo impedirían el foso y el fuego. Hannón puso el fuego sin foso, y, como quería pasar sobre él, no lo pondría muy grande. ¿No recuerdas que el espartano Nabis, sitiado en Esparta por los romanos, cuando éstos habían entrado ya en la ciudad incendió parte de ella para impedirles el paso, y mediante aquellas llamas, no sólo les detuvo, sino les rechazó fuera de la plaza?⁶⁰

Posteriormente, vemos a los cartagineses, aconsejados por el espartano Xantippo, derrotando a los romanos, gracias a sus conocimientos estratégicos:

Si tu ejército fuera muy inferior en caballería, fórmalo entre viñas, árboles u otros obstáculos de esta índole, como lo hicieron los españoles cuando, en nuestros tiempos, derrotaron a los franceses en Ceriñola, en el reino de Nápoles. Se ha visto muchas veces, teniendo las mismas tropas, convertirse un ejército de vencido en vencedor, con sólo variar el sitio y el orden de batalla. Así sucedió a los cartagineses, quienes, derrotados varias veces por Marco Régulo, fueron al fin victoriosos, cuando, por consejo del lacedemonio Xantippo, bajaron a la llanura, donde con su caballería y sus elefantes vencieron a los romanos.⁶¹

Los dos ejemplos son en realidad, incidentales. Aparecen en capítulos que no son específicos sobre Esparta. Más aún, se trata sólo de dos momentos que fueron bien resueltos por los lacedemonios, no de

⁶⁰ *Ibíd.*, Libro Cuarto, p. 98.

⁶¹ *Ibíd.*, Libro Quinto, p. 110.

campañas gloriosas. Es decir, Maquiavelo les concede victorias en batallas, pero no victorias en la guerra; en cierta forma, los reduce a tácticos y no les da el honor de estrategias. No porque falten ejemplos de que estratégicamente los laconios eran capaces de ganar guerras a largo plazo –lo cual habría obligado al florentino a llamarlos gloriosos, simplemente, y este derecho estaba reservado para Roma–, sino porque ha elegido sus ejemplos de acuerdo a sus preferencias.

7. Virtudes y límites de Esparta

Por lo general, para Maquiavelo la duración de una república es el indicador del éxito. Ello, debido a que el estado natural de las cosas es variable según las circunstancias; nada hay que dure por sí mismo. En medio del azaroso mundo, el problema fundamental de la política es hacer durar la república. Por ejemplo, en *El príncipe*, en el capítulo “Si las fortalezas y muchas otras cosas que diariamente hacen los príncipes son útiles o inútiles”, Maquiavelo describe los obstáculos y los métodos que los príncipes nuevos utilizan para permanecer en el poder.⁶² Para lograr esto se debe utilizar el tiempo. Es por ello que aconseja al príncipe la crueldad, que, según el florentino, resiste más al tiempo que la amistad.

Pero el apartado más importante acerca de la administración de la crueldad es “De la crueldad y la compasión; y de si es mejor ser amado que temido, o todo lo contrario”. Ahí nos dice que es necesario también, cometer todas las crueldades de una sola vez y otorgar los favores poco a poco, pues así, la gratitud tendrá mayor recuerdo que el odio.⁶³

Haciendo énfasis en la cuestión de la duración, Maquiavelo es un admirador de Esparta, pues logró durar más de ochocientos años. El florentino explica tan prolongado periodo atribuyendo a los laconios las siguientes virtudes: una constitución mixta diseñada por un solo hombre

⁶² Cfr. Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*, cap. 20.

⁶³ Cfr. *Ibíd.*, cap. 17.

sabio que le libró de los excesos de los tipos puros de gobierno y con ello, del ruinoso ciclo monarquía-tiranía-aristocracia-oligarquía-democracia-anarquía-monarquía-tiranía, etc.; su cerrazón a los extranjeros y a los nuevos colonos, que le daba estabilidad interna; su ubicación, que la hacía fácil de defender; y su manifestación a los ojos de sus vecinos, que le hacía ver como difícil de invadir –es decir, poco apetecible de ser atacada para ser saqueada o dominada– y, que le hacía también ver, como no amenazante –así, no provocaba ataques preventivos; el poseer un ejército propio de ciudadanos, que es superior al de los mercenarios pues el primero es más confiable que el segundo; y el poseer una moral guerrera, que hacía a los lacedemonios defender su libertad frente a otras polis. Un elemento menor es el de la felicidad de sus ciudadanos, mencionada por Maquiavelo sólo una vez al referirse a Esparta.

Sin embargo, el autor de *El arte de la guerra* sólo sentía una admiración moderada por Esparta. El objeto central de las críticas a los lacedemonios no fue que se hubieran convertido en imperialistas durante las Guerras del Peloponeso, sino su incapacidad para ser un imperio exitoso. Ello debido al elemento más importante de su constitución: la cerrazón. Si bien, ésta permitió estabilidad interna, hacía incapaz a los espartanos de expandirse sin ofender a los demás. Como imperio, se comportaron cruelmente, pues no tenían interés en integrar a los dominados, ni siquiera como ciudadanos de segunda. La crueldad de los laconios tampoco es un asunto que moralmente preocupe a Maquiavelo; más aún, el problema no es la crueldad en sí misma, sino la forma deficiente en que los espartanos la administraron. Su cerrazón

les hizo ser crueles de modo permanente, y por ello, la llaga de los conquistados no cerraba nunca.

Esto quiere decir que, al conquistar, en lugar de sentar las bases para la duración del sometimiento de sus nuevos territorios, los espartanos sembraban el odio de unos conquistados cuyo único futuro, bajo la égida imperial, era la esclavitud.

Maquiavelo juzga superior a la república romana que a la espartana, pese a que la primera duró cuatrocientos y la segunda ochocientos años. Ello, debido a que agrega dos elementos a su ponderación: la gloria y la ampliación. Aunque la *polis* de los lacedemonios duró más, saboreó muy poco las aventuras imperiales, pues se trató de un imperio fallido.

En pocas palabras, Maquiavelo, nos dice que Esparta es virtuosa, pero lo es más la República Romana, que no sólo triunfó en duración, sino que también lo hizo en grandeza.

8. Fortuna y virtud en el sostenimiento y caída de Esparta

Antes se ha hablado de “la virtud de Esparta” y de la, ciertamente mayor a ojos de Maquiavelo, “virtud de Roma”; pero la realidad es que en vez de que se preocupara por detallar las virtudes de un pueblo, el interés del autor florentino en sus diversas obras se centró en discutir las virtudes de sus líderes.

Este tema es relevante en la presente tesina ya que, definir y comprender la virtud maquiaveliana, brinda una base fundamental para establecer la interpretación de Esparta que hacía Maquiavelo. Los ocho siglos de sostenimiento de esta *polis*, ¿fueron un reflejo de las virtudes de sus dirigentes? O bien ¿se fundamentaron en el favor de otra famosa categoría del autor: la fortuna?

Empecemos por este último punto. Debe recordarse que la fortuna en Maquiavelo va más allá del “giro inesperado de eventos” que sugieren las acepciones actuales del término.⁶⁴ Metaforizada en una diosa caprichosa, lo más contundente que puede establecerse sobre ella es su imposibilidad de manifestarse en algo concreto: puede

⁶⁴ “Maquiavelo es resumido por Althusser en torno a cuatro puntos fundamentales: la descripción y la apreciación de la coyuntura; la búsqueda del vínculo entre la *virtú* (como deseo y capacidad de expresión social por parte de lo singular y/o de lo colectivo) y la *fortuna* (como conjunto de contingencias, como resistencia de la coyuntura); la posibilidad singular de dominar esta relación; y, por último, la de transformar el acontecimiento en duración”. “Introducción. Maquiavelo y Althusser” en: Louis Althusser, *Maquiavelo y nosotros*, *op. cit.*, p. 32.

tenerse o no, perderse, conservarse, favorecer a un bárbaro o a un César. Para Maquiavelo, la fortuna o inesperadamente favorece a Aníbal o, lo que es más notable aún, no deja de favorecerlo. Strauss se vale de esta dinámica en los diferentes relatos maquiavelianos de la fortuna para sembrar la duda sobre si, en el fondo, Maquiavelo lo que quiere decirnos es que la fortuna no deriva tanto de la inestable diosa, como de la virtud de los hombres. Ciertamente apoyaría esta versión que, con frecuencia, los ejemplos de Maquiavelo sobre personajes a los que la fortuna no favoreció o les dio la espalda, son también individuos sin virtudes. Esto conduce por cierto a una de las enseñanzas más famosas de Maquiavelo: como a quien favorece un día la diosa al día siguiente puede abandonarlo, no hay orden político que pueda levantarse exclusivamente dependiendo de ella. Otra sustancia debe entrar en juego para propiciar la que Skinner llama la “pregunta vital” de la época clásica que refleja Maquiavelo al involucrarse en el género de libros para príncipes: ¿cómo *precipitar* que la fortuna nos favorezca? Y aquí la respuesta del florentino es consistente a través de sus diferentes escritos: la fortuna busca la virtud.

Pese a la dispersión de las definiciones de virtud en el autor y entre los clásicos de la Ciencia Política en general, hay un consenso razonable por lo menos en el único modo en el que Maquiavelo definitivamente no emplea el término: como virtud cristiana. Esto no quiere decir que Maquiavelo asociara el ateísmo a su arquetipo del *corpus* político. Después de todo, es famoso su argumento, retomado además por Leo Strauss en su *Meditación sobre Maquiavelo*, sobre el papel fundamental de la religión en cualquier fórmula de obediencia. Es

más sencillo gobernar un pueblo temeroso de Dios, y si ese sentimiento estuviera ausente, entonces sería indispensable suplirlo con el temor al príncipe.⁶⁵ Pero si en algo se ha cifrado la importancia de Maquiavelo para la filosofía política, ya no nada más Occidental, sino universal, es en su tajante argumento sobre la separación de la moral y la política.

Esto despeja el camino para que el empleo maquiaveliano de la virtud abrevie de fuentes clásicas antes que medievales. Todo parecería indicar en *El Príncipe* que al preguntarnos en qué actor hay que fijar nuestra atención para definir la virtud, la respuesta es: en los líderes y no en el pueblo. Por otro lado, las virtudes del líder no tienen que perecer con él: pueden sobrevivirle, si bien no por la vía de la herencia a los hijos –como recuerda Maquiavelo–, por lo menos en la forma de instituciones y leyes. Esto es especialmente relevante para el caso espartano.

En la primera sección de esta tesina se habló de la admiración de Maquiavelo por Licurgo, y en la sección 6 se hizo referencia a la superioridad de ciertas instituciones de Esparta, incluso de frente a la dorada República Romana (y no es coincidencia que se tratara de instituciones y normas diseñadas por el mismo Licurgo). Pues bien, al encontrar en la *Historia Romana* de Tito Livio que Roma alcanzó su esplendor por su valor viril sin par entre otras unidades políticas del mundo clásico, Maquiavelo tuvo el tipo de respaldo que requería para su interpretación sobre que, si bien Esparta no había brillado a la altura

⁶⁵ Al respecto puede consultarse específicamente el capítulo de las enseñanzas de Maquiavelo en: Leo Strauss, *Meditación sobre Maquiavelo*, *op. cit.*

de Roma, al haber contado también con el ejemplo viril de Licurgo, los espartanos habían colocado las mejores bases posibles para tener fortuna y virtud por siglos, hasta que fueron gobernados por tiranos y perdieron ambas cosas.

Esta clase de exportación de lo que el florentino piensa y siente por una figura histórica en particular, hacia el sistema político al que perteneció, ofrece un punto interesante de análisis. Actualmente este tipo de extrapolaciones son difíciles de emprender, cuando no imposibles. Hay sobre todo una consciencia extendida sobre la distancia entre los lineamientos formales (instituciones y leyes) y los comportamientos reales de los actores políticos a todos los niveles.

Es quizá por esto que Quentin Skinner califica a Maquiavelo como un pésimo historiador, aunque un gran estadista, por supuesto. Pero aquí se presenta una paradoja interesante: ¿un líder se levanta de los desafíos porque es virtuoso, o su virtud consiste en encontrar la manera de triunfar sobre los desafíos? Mientras que la primera opción llama a definir la virtud (y Maquiavelo lo hace en *El Príncipe* cuando enlista rasgos deseables del gobernante), la segunda posibilidad exclusivamente pide del Príncipe que sea “resiliente”, si lo vemos desde la terminología contemporánea, sin que importe demasiado cómo lo logra.⁶⁶ Ver la virtud como la capacidad de sobreponerse también es

⁶⁶ Así lo interpreta también Marcel Brion en su seguimiento del término: “La propia palabra virtud cambió de sentido al aplicarse al condotiero, y las aptitudes necesarias para el dominio de este oficio se hallaban en un carnicero como Piccinino, un campesino como Attendolo Sforza, un vaquero como Carmagnola o un

coherente entonces con un mundo en el que se aconseja al Príncipe matar a la descendencia de sus rivales si es necesario o mudarse a un territorio que ni siquiera conoce para poder vigilarlo de cerca.⁶⁷

Los temas planteados hasta ahora reflejan la temprana comprensión de Maquiavelo de las fuerzas detrás de las acciones humanas: por una parte contempla poderes externos al individuo (la fortuna, principalmente) y por otro la capacidad de acción, por lo menos del líder (en función de su virtud).⁶⁸ Ello no solamente propone una estructura compleja de las interacciones políticas que tardó siglos en tematizarse en las Ciencias Sociales, sino que, aplicados estos conceptos a Esparta, permiten vincularla a las principales categorías de análisis por las que es reconocido Maquiavelo, lo cual deja en claro que éste no se trata de un estudio de caso conformado sólo por menciones

hornero como Gattamelata”. Marcel Brion, *Maquiavelo*, Barcelona, Ediciones B, 2003, p. 31.

⁶⁷ “La astucia del príncipe es la anticipación concreta de una mediación de contenidos de la coyuntura, tan inestables como la fortuna pero sobre todo tan duraderos como la *virtú*. La astucia del príncipe es por lo tanto una especie de imaginación trascendental que atraviesa los abismos de la coyuntura, lo inaferrable de su temporalidad y la violencia de las relaciones que impone, y que lo atraviesa todo en tanto que máquina de la virtud popular republicana”. “Introducción. Maquiavelo y Althusser” en: Louis Althusser, *Maquiavelo y nosotros*, *op. cit.*, p. 33.

⁶⁸ “(...) este mismo proceso debe ser percibido desde el punto de vista subjetivo, es decir, a través de la oposición entre *virtú* y *fortuna*, a través del combate entre la iniciativa estructuradora del príncipe y la contingencia de lo real”. *Ibid.*, p. 32.

aisladas, sino que es una pieza completa y coherente del universo maquiaveliano de teoría política.

Conclusiones sobre los espartanos en Maquiavelo, en comparación con la República Romana

A lo largo de este recorrido se ha insistido en múltiples ocasiones en que la consideración especial de Maquiavelo por Esparta se dio siempre a la sombra de su admiración abierta por Roma. Tanto así que uno de sus libros más importantes, los *Discursos*, cuya vocación en realidad sea la de discutir diferentes repúblicas, prácticamente hace de su tema principal y su centro a la República Romana.

No obstante, se ha presentado el caso de que también Esparta concentró, a escala, la atención de Maquiavelo y la aplicación de sus principales categorías de trabajo, forjadas a lo largo de toda su obra. Después de todo: su legado intelectual no trata sobre el sistema político romano exclusivamente, sino, de forma mucho más general, sobre las relaciones que sostienen o hacen caer a los sistemas políticos, cualesquiera que sean. Se ha hecho mención también de que ello se encuentra recubierto por una dimensión filosófica gestada por este consejero florentino al cuestionarse sobre la moral o la naturaleza malvada de los seres humanos.

Aquí se presenta como conclusión que el vaso comunicante de los casos romano y espartano en Maquiavelo es también el que termina de inclinar la balanza a favor del primero como arquetipo político. La característica en común a la que se ha aludido es su carácter republicano: para Maquiavelo, la república es el mejor sistema para cristalizar la virtud y tanto Esparta como Roma eran repúblicas.

Pero entre ambas repúblicas había un abismo en su principio vertebrador. Roma era una república que daba voz al pueblo, fundamentalmente a través de la figura de los tribunos (que a su vez era una conquista de las rebeliones populares contra la nobleza y no una concesión graciosa desde el senado). Esparta, en cambio, había sido una república aristocrática. De tal suerte que incluso contando con mecanismos republicanos para la estabilidad política, carecía de esa dimensión de representación vital como válvula de escape de las inconformidades entre los gobernados.

Lo anterior arroja un resultado interesante: el consejero de príncipes termina siendo, además de un convencido republicano, un abogado de los canales de representación popular: “(Según Althusser, para Maquiavelo) sin pueblo, sin participación, no hay Estado. Y esto es válido tanto desde el punto de vista de la virtud del príncipe como a propósito de la religión y de la moral en tanto que expresiones de las masas. En el seno de esta juntura, el Estado debe ser popular, es decir, absoluto, con un contenido popular”.⁶⁹ Como se ve, esta ponderación de lo popular viene dada, sino por la dignidad del estrato representado, definitivamente como estrategia de minimización de conflictos internos.⁷⁰

⁶⁹ *Idem.*

⁷⁰ “(...) si lo político debe ser considerado como práctica política, y si el objeto político está atravesado por la subjetividad, el príncipe y el principado constituirán un dispositivo siempre abierto al riesgo de la coyuntura y una relación construida por la capacidad hegemónica de la virtud subjetiva (individual y/o colectiva) sobre y contra la *fortuna*. Se trata entonces de que las condiciones de una apertura permanente

Esta última comparación, que es la más importante por encarar de frente la cuestión de cuál es el más virtuoso de los sistemas (el más proclive a sobrevivir y ser favorecido por la fortuna), definitivamente muestra las desventajas de Esparta ante la República Romana; pero por lo menos hace del caso espartano un ejemplo de todo lo que hay que evitar hacer para que sistema que ha logrado sostenerse con virtud y fortuna degenera su forma de gobierno y caiga presa de sus enemigos. He allí también una valiosa lección, del tipo que Maquiavelo no podría esperar para asentar en sus cartas y discursos. Como nos recuerda Quentin Skinner:

La (...) preferencia por un gobierno largo se encuentra también en Maquiavelo (...). Maquiavelo analiza la cuestión en el capítulo v de su primer Discurso, observando que "como en toda república hay una clase superior y una clase inferior, podrá preguntarse en qué manos es mejor dejar la salvaguardia de la libertad" (...). Piensa que, si tan sólo se desea "mantener el statu quo", entonces hay algo que decir en favor de la sugestión -aprobada en la antigua Esparta así como en la moderna Venecia- de que el cuidado de la república debe confiarse a la nobleza (...). Pero insiste en que "si en lo que se está pensando es en una república

de la práctica política se tornen ciertas, reconocibles y posibles. Sin esta apertura, sin esta libertad, no hay Estado. Esta es la «sorpresa» (como dice Althusser) que experimentamos cuando nos sumergimos en la dinámica de los dispositivos de Maquiavelo: si el principado quiere existir, nunca podrá ser una tiranía". *Idem*.

que vaya a fundar un imperio", entonces, el pueblo en general debe ser el guardián de la libertad (...). Más aún, adelante pone en claro, al analizar los méritos rivales de principados y repúblicas, que (...) él es partidario de "las masas" contra los exponentes de la oligarquía (...). Señala con admiración el ejemplo de "el pueblo romano que, mientras la república no se corrompió, nunca fue servilmente obsequioso, ni dominó nunca con arrogancia" (...). Y termina en una nota poco característicamente elevada, insistiendo en que "no sin razón es la voz del pueblo comparada con la de Dios".⁷¹

Como se ve, el sesgo hacia las masas de Maquiavelo lo hace más moderno, actual y vigente de lo que usualmente suele reconocerse.

⁷¹ Quentin Skinner, *op. cit.*, p. 185.

Fuentes

Obras de Maquiavelo

Discursos sobre la primera década de Tito Livio, trad., intr. y notas de Ana Martínez Arancón, Madrid, Alianza Editorial, 1996 (1987 1ª ed.).

El arte de la guerra, tr. Juan de Dios González Ibarra, México, Fontamara, 2006.

El Príncipe. La Mandrágora, traducción de Helena Puigdomenech, Madrid, Cátedra, 2008.

Escritos políticos breves, trad., estudio preliminar y notas de María Teresa Navarro Salazar, Madrid, Tecnós, 2006.

Bibliografía

Althusser, Louis, *Maquiavelo y nosotros*, Madrid, ed. Akal, 2004.

Aron, Raymond, *Estudios políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

Baudrillard, Jean, *De la seducción*, México, ed. Planeta Agostini, trad. Elena Benarroch, 1993.

Berlin, Isaiah, *Contra la corriente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

Brion, Marcel, *Maquiavelo*, Barcelona, Ediciones B, 2003.

Chabod, Federico, *Escritos sobre Maquiavelo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

Flaubert, Gustave, *Diccionario de lugares comunes*, Buenos Aires, ed. Leviatán, 1991.

Gramsci, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1984.

Iovchuk, M. T., T. I. Oizerman, I. Ia. Shchipanov, *Compendio de historia de la filosofía*, La Habana, Ed. Pueblo y Educación, 1987.

Rossét, Clement, *La anti-naturaleza. Elementos para una filosofía trágica*, Madrid, ed. Taurus, 1974.

Schmitt, Carl, *El Leviatán en la doctrina del Estado de Thomas Hobbes*, México, Uam-Fontamara, 2008.

Schopenhauer, Arthur, *El arte de tener razón. Expuesto en 38 estratagemas*, trad. Dionisio Garzón, Madrid, Edaf, 1996.

Skinner, Quentin, *Maquiavelo*, Madrid, ed. Alianza, 1984.

Strauss, Leo, *Meditación sobre Maquiavelo*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1964.

Strauss, Leo, *Historia de la filosofía política*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.